

Entre vida y muerte: La eutanasia como subjetividad de un cuerpo que habla de deseo y de dolor ante los límites

Sheila Jerónimo González

Hay cuerpos que lanzan un grito silencioso capaz de estremecer cualquier conciencia. Cuerpos que han aprendido a decirlo todo mediante el temblor, la rigidez, el insomnio, la náusea, el ahogo o la herida que no cierra. Cuerpos que se convierten en lenguaje cuando las palabras ya no alcanzan. Ante ello, la medicina suele mirarlos como organismos; como la técnica que los interroga en términos de función, deterioro y pronóstico. Pero el psicoanálisis recuerda una verdad más honda: **el cuerpo humano no es solamente carne, hueso y sistema nervioso. Es también memoria, deseo, historia, marca, duelo, amor recibido y amor faltante. El cuerpo no solo vive: revela, denuncia y suplica.**

Pensar desde esta perspectiva, en la **eutanasia obliga a salir** del debate exclusivamente **jurídico o moral** para entrar en una pregunta más profunda: **¿qué pide realmente una persona cuando pide morir?** No siempre pide la muerte; muchas veces pide ser rescatado del sufrimiento. A veces pide descanso. A veces pide límite. A veces pide que alguien escuche el modo singular en que su sufrimiento se ha vuelto inhabitable. A veces pide no seguir siendo reducido a una máquina biológica. A veces pide dejar de ser objeto de intervenciones y volver a ser alguien.

Para el psicoanálisis, **el cuerpo nunca coincide del todo con el organismo.** El organismo pertenece a la biología; **el cuerpo está atravesado por el lenguaje.** Desde la infancia queda marcado por nombres, miradas, expectativas, carencias y afectos. Por eso una enfermedad terminal no afecta solo funciones: toca identidades enteras.



Cuando alguien dice **“ya no quiero vivir así”, ese “así” merece ser escuchado** con delicadeza. Puede nombrar el dolor físico, pero también la humillación de no reconocerse, la dependencia absoluta, la pérdida de intimidad, el sentimiento de ser carga, la soledad o el cansancio del alma alojado en tejidos exhaustos.

El deseo humano necesita un mínimo de cuerpo habitable para desplegarse. Comer, amar, dormir, conversar, recordar, esperar algo del mañana: todo ello exige cierta alianza con el propio cuerpo. **Cuando esa alianza se rompe, la existencia se convierte en una intemperie feroz donde cada minuto pesa como una condena. El sujeto ya no habita el cuerpo; lo padece.**

Eutanasia y subjetividad se entrelazan en la complejidad de decidir, porque la modernidad convirtió la autonomía en un ideal. Decidir sobre uno mismo parece la forma máxima de libertad. Sin embargo, el psicoanálisis introduce una cautela esencial: **nadie es completamente transparente para sí mismo.** Toda decisión está atravesada por miedos, culpas, vínculos, mandatos y deseos inconscientes.

Por eso una **demanda de eutanasia** no puede reducirse a una firma ni a una consigna individualista. **Debe ser escuchada como acto complejo.** ¿Habla la libertad o la desesperación? ¿Habla el deseo propio o la sensación de ser una carga? ¿Habla el cansancio legítimo o una depresión no tratada? ¿Habla el sujeto o habla la soledad?



No se trata de invalidar la decisión, sino de dignificarla mediante una escucha rigurosa y humana. Porque también existen pedidos lúcidos, sostenidos y profundamente reflexionados por quienes no desean prolongar una agonía vacía.

Cuando el cuerpo pide límite, llega un instante devastador en ciertas enfermedades en que el cuerpo ya no implora cura: exige límite. No pide más procedimientos, más terapias ni consejos, más tubos, más aparatos, más intentos que prolongan la biología mientras vacían la experiencia humana. Pide frontera. **Pide que alguien sepa decir “basta” cuando la técnica ya no sabe detenerse.**

La medicina contemporánea posee un poder inmenso para sostener funciones orgánicas. Pero poder no siempre significa deber. **Mantener un corazón latiendo no siempre significa sostener una vida digna de ser vivida.**

El encarnizamiento terapéutico puede nacer de buenas intenciones y terminar produciendo escenas de enorme desamparo. Se prolonga el organismo mientras se eclipsa la persona.

Donde termina el cuerpo y comienza la decisión surge la pregunta inevitable: La pregunta parece simple, pero encierra un abismo. ¿Dónde termina el cuerpo y comienza la decisión? Tal vez nunca estén separados. Decidimos con el cuerpo, desde el cuerpo, a veces contra el cuerpo, y muchas veces porque el cuerpo ya ha señalado ciertos límites.

No existe una voluntad pura flotando fuera de la carne. Una persona con dolor extremo,

asfixia persistente o dependencia absoluta no decide desde el mismo lugar que alguien sano. Tampoco por ello decide menos verdaderamente. Decide desde una circunstancia encarnada.

Escuchar a quien pide morir implica escuchar también sus vacilaciones, sus cambios, sus silencios, su historia y su modo singular de habitar el sufrimiento.

La responsabilidad de la sociedad también irrumpe en este debate, porque ninguna **solicitud de eutanasia** ocurre en el vacío. **La atraviesan sistemas sanitarios, desigualdades económicas, redes afectivas, creencias y discursos sociales sobre productividad y dependencia.**

Una sociedad que idolatra la juventud, la eficiencia y la autosuficiencia puede empujar silenciosamente a considerar indignas las vidas vulnerables. Por eso defender la eutanasia como opción exige también defender cuidados paliativos de excelencia, alivio del dolor, acompañamiento psicológico, apoyo familiar y protección frente al abandono.

Elegir morir nunca debería ser la consecuencia de no poder elegir vivir mejor hasta el final.

El último acto humano tal vez consista en comprender que quizá **la gran cuestión no sea estar a favor o en contra de la eutanasia, sino ser capaces de sostener la complejidad que revela.** Nos confronta con aquello que más negamos: dependencia, deterioro, límite y muerte. Nos obliga a preguntar **qué entendemos por dignidad, por cuidado, por libertad y por amor.**

Entre la vida y la muerte no existe solo una frontera médica. Hay una zona de verdad. Allí **el cuerpo habla con una sinceridad brutal, imposible de silenciar.** Dice cuándo puede, cuándo no puede, cuándo espera, cuándo suplica, cuándo resiste y cuándo pide descanso.

Escucharlo tal vez sea una de las tareas éticas más difíciles de nuestro tiempo. Porque a veces salvar la vida significa prolongarla. Pero otras veces significa tener el coraje de no imponerle más dolor del que puede soportar.

